

“El Señor nos juntó”

El estilo de hermandad según Teresa de Jesús

María José Pérez González, ocd
Carmelo de Puzol (Valencia)

Introducción

Formar un grupo unido por lazos de amistad fraterna en un mundo fraccionado y enfrentado. Ese fue el proyecto de Teresa de Jesús.

Si la sociedad del siglo XVI se presentaba dividida entre nobles y plebeyos, entre cristianos viejos y nuevos, en el seno de la comunidad “todas han de ser amigas”. Mientras la Europa de su tiempo se enzarzaba en guerras de religión, aquí “todas se han de querer” y “todas se han de ayudar”.

Mujeres que evangelizan con la vida, ya que la Iglesia de su tiempo, contraria a cualquier protagonismo femenino, les niega una palabra pública.

Entre las tres cosas necesarias para quienes quieren llevar camino de oración, Teresa menciona en primer lugar el amor. No un amor abstracto, vago o despersonalizado, sino tan concreto como la persona de carne y hueso que está a mi lado: “amor de unas con otras”. La comunidad se convertirá en escuela de amistad. Reto y novedad en la vida religiosa de su tiempo. Frente a los conventos masificados que ella conocía, opta por un pequeño grupo. Así, en ese ambiente familiar es posible cultivar unas relaciones fraternas comprometidas,

que ayuden a vivir la propia vocación: “unas a otras se despiertan y ayudan” (CV 12,3)¹.

Cuando los moralistas severos y encogidos de su tiempo sentenciaban que “bastaba” la relación únicamente con Dios, y “sobraban” las amistades con otros, de las que había que sospechar, Teresa, atrevida, afirmará tajante: “luego os dirán que no es menester, que basta tener a Dios. Buen medio es para tener a Dios tratar con sus amigos” (CE 11,4).

Pero esta mujer no se conformará con cualquier clase de amor. Por eso dejará claro que amar no es enternecerse, ni sentir atracción por las cualidades de otra persona, ni estar a gusto con ella. El verdadero amor es olvido de uno mismo, y búsqueda del bien del otro. Solo un amor como “el que nos tuvo el buen amador Jesús” podrá descubrir, conectar, como Él hizo, lo divino que toda criatura esconde en su castillo interior.

Adentrémonos, con Teresa de Jesús, en la aventura de inventar un nuevo modelo de ser comunidad.

1. Teresa, mujer comunitaria

Nos lo cuenta ella misma en el *Libro de la Vida*. Teresa, ya desde niña, contaba siempre con los demás para cualquier empresa. Para sus lecturas, cuando proyectaba heroicidades en tierra de moros, durante sus juegos infantiles, en los que aprendía el arte de levantar conventos en miniatura. Jugaba a ser ermitaña, pero no sola, sino con su hermano Rodrigo: “Ordenábamos ser ermitaños; y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas pedrecillas que luego se nos caían” (V 1,6). Pero su capacidad de implicación se extendía a un grupo más amplio: “Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas” (V 1,6).

1 Las citas de las obras de santa Teresa están tomadas de: *Obras Completas*, Editorial de Espiritualidad, Madrid, 2000. Las siglas utilizadas son: CE: *Camino de Perfección*, código de El Escorial; CV: *Camino de Perfección*, código de Valladolid; Cta.: *Cartas*; Const.: *Constituciones*; F: *Libro de las Fundaciones*; M: *Las Moradas*; V: *Libro de la Vida*.



De joven, ante la oposición de su padre, decide escaparse de casa para ingresar en el monasterio de la Encarnación. Y lo hace convenciendo a otro hermano suyo para que se fugue con ella e ingrese también como religioso.

Teresa es una mujer de un carácter arrollador. A su belleza y afabilidad, se suman la simpatía y la discreción, la apertura y la capacidad de comunicación. Todo ello la convertirá en una mujer especialmente dotada para formar y liderar grupos.

2. Experiencia de soledad

Paradójicamente, Teresa durante muchos años, en la Encarnación, llevó una vida superficial, fuente de profunda insatisfacción interior. Lo dice ella misma: "Deseaba vivir, que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte" (V 8,12).

Un breve repaso al tipo de vida religiosa que se vivía en el monasterio nos ayudará a entender la situación. Pensemos que se trata de un convento con casi doscientas monjas. Una buena fuente de información la proporcionan las actas de la visita que llevó a cabo el P. General Rubeo en 1567². En ellas, encontramos peticiones y quejas al P. General, por parte de las monjas, como las siguientes:

- Respecto a la vivienda: "No se hagan más aposentos, que el monasterio ya es todo agujeros".
- Penuria económica: El monasterio estaba dotado como para mantener a sesenta monjas, y se triplicaba el número. De ahí la queja, por hambre: "No se reciban monjas, y recibíendose, las dotes sean grandes".
- Vestuario: "Se corten las faldas y las mangas sean conformes de una misma manera", "las correas no sean claveteadas", que se prohíban las tocas y las sayas "coloradas".

2 Cf. O. STEGGINK, *La reforma del Carmelo Español. La visita canónica del general Rubeo y su encuentro con Santa Teresa (1566-1567)*, Institución Gran Duque de Alba, Ávila 1993, pp. 201-217.

- Animales: "Se tienen perros muchos".
- Servidumbre: Unas quince monjas piden al P. General permiso para tener sirvientas. Una solicita tener su esclava. Otras piden que se quite: "Se provea a las moças que no entren porque digan todo lo que se haze en el monasterio".
- Familiares: Varias monjas piden permiso para salir a casa de su familia, o para que puedan entrar la madre, la tía, las hermanas, incluso para alojarse una temporada.
- Visitas: Hay quejas contra ciertos visitantes asiduos. Una de ellas asegura que "le dan escándalo las visitas de algunos mozos rapacillos, que no son bienhechores ni parientes".
- Vida comunitaria: Algunas monjas piden la dispensa total de los actos de vida común, otras, de ir al refectorio común, y varias, que se les exima de ayunos.
- Oración litúrgica: Las "señoras doñas" ocupan lugares de preferencia en el coro, y esto es ocasión de queja. Unas cuarenta religiosas piden ser dispensadas del coro, para quedarse en su celda, rezar en privado, o acompañadas por otras. También se pide poder sustituir el Oficio por el rezo por cuentas, sobre todo las que no saben leer.

Volcada hacia lo exterior, ahoga la llamada de Dios que experimenta en sus entrañas. Y así, pasan los años "de pasatiempo en pasatiempo, de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión" (V 7,1). Las visitas al locutorio, donde era requerida continuamente por su simpatía y su don de gentes, contribuían a esa vida descentrada y superficial.

En este ambiente, Teresa vive una gran soledad: "Para caer, había muchos amigos que me ayudasen; para levantarme, hallábame tan sola, que ahora me espanto cómo no me estaba siempre caída" (V 7,22). Y advierte, desde su experiencia: "Gran mal es un alma sola" (V 7,20).

Cristo fue reconquistando el corazón de Teresa, proceso en el que fue clave la experiencia de su primer arrobamiento: "Entendí estas palabras: 'Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con

ángeles' (...). Ello se ha cumplido bien, que nunca más yo he podido asentar en amistad ni tener consolación ni amor particular sino a personas que entiendo le tienen a Dios y le procuran servir; ni ha sido en mi mano, ni me hace al caso ser deudos ni amigos" (V 24,5-6).

A partir de entonces, se desvinculará de aquellas personas que antes la visitaban, y surgirá un pequeño grupo de amigos: "los cinco que al presente nos amamos en Cristo", que se juntaban "para desengañar unos a otros, y decir en lo que podríamos enmendarnos y contentar más a Dios" (V 16,7).

Es un germen de comunidad: un grupito de personas reunidas en torno a Jesús, que desean ayudarse unos a otros a vivir en la verdad, urgidos por estas palabras de Teresa: "Gran mal es un alma sola entre tantos peligros (...) procuren amistad y trato con otras personas que traten de lo mismo" (V 7,20).

3. La comunidad como respuesta

En el monasterio de la Encarnación, en una conversación de velada en la amplia celda de Teresa, se gestó el proyecto de fundar un monasterio, según la regla primitiva: San José de Ávila.

Frente a tantos monasterios de su tiempo, como el mismo de la Encarnación, donde las monjas pasaban sus días recluidas en un lugar al que sus familias o el destino las había conducido, sin mayor implicación personal o sentido vocacional, Teresa va a insistir en dos aspectos fundamentales: una llamada a vivir de un modo nuevo: "este llamamiento" y un fin claro: "para lo que el Señor nos juntó en esta casa" (CV 3,1). "Su oficio es padecer como Cristo" (CV 18,5) –dirá Teresa. El objetivo es transformarse en Él, adoptar su misma identidad de siervo, vivir para los demás. No solo personal sino comunitariamente.

La Encarnación no respondía a la urgencia interior que ella percibía. Buscaba otra cosa, y lo presentía como llamada de Dios a una vida distinta. Varios elementos, todos conocidos, están en el origen de su impulso fundacional.

Experiencia del infierno

La experiencia del infierno la describe ella como una primera llamada fuerte al compromiso de vida. Supuso una vivencia que la marcó hondamente. En una ocasión, mientras oraba, le pareció verse “metida en el infierno”. El horror es físico, psíquico y moral. Teresa es hija de su tiempo y compartía una concepción apocalíptica del infierno que los predicadores se encargaban de exagerar con tintes de angustia.

Sin embargo, para Teresa, esta experiencia tuvo un carácter liberador, puesto que la leerá desde la certeza de saberse salvada: “de dónde me había librado su misericordia” (V 32,3). Y, por tanto, será un acontecimiento lleno de fecundidad en sus efectos: grandísima pena por quienes malogran su vida y se condenan, afán por ayudar a que se salve el mayor número posible de personas, y una llamada a vivir radicalmente: “no nos contentemos con menos de hacer todo lo que pudiéramos de nuestra parte” (V 32,7). Será necesario un nuevo contexto en el que poder vivir según ese deseo que ya no la abandonará jamás. Estamos ante el germen de su obra fundacional.

La ruptura de la Iglesia

En Teresa hay un fuerte impacto de los males que sufre la Iglesia de su tiempo, enfrentada en luchas de religión. ¿Qué podía hacer ella para atajar esos “daños”? La violencia de las armas se le presentaba como un callejón sin salida: “(...) se ha pretendido hacer gente, para si pudieran a fuerza de armas remediar tan gran mal” (CV 3,1). Una frase que tacharía el censor.

En definitiva, Teresa descubre que su mejor aportación a la Iglesia, al mundo, será vivir su identidad de amiga de Dios, una identidad que la experimenta como llamada, y que la comparte con las hermanas que pasarán a formar parte de sus comunidades. La amistad se convierte así en eje vertebrador de su proyecto, lo “poquito” que ellas podían hacer.

Descubrirá así que la fidelidad a lo pequeño del cada día es la mejor manera, la más “perfecta” de vivir la amistad con este Señor a

quien "tan apretado le traen", y por eso insistirá en las *Moradas*: "Procuremos irnos entendiendo en cosas aun menudas y no haciendo caso de unas muy grandes, que así por junto vienen en la oración, de parecer que haremos y conteceremos por los prójimos y por sola un alma que se salve; porque, si no vienen después conformes las obras, no hay para qué creer que lo haremos" (5M 3,9).

El amor de Dios es siempre expansivo, y de él nacerá la idea de un pequeño grupo donde las relaciones puedan ser realmente de amistad, entre ellas y con Cristo, que Teresa concebía como centro de la comunidad: "Cristo andaría con nosotras" (V 32,11). Su presencia es especialmente patente en la Eucaristía: "Hele aquí (...), compañero nuestro en el Santísimo Sacramento, que no parece fue en su mano apartarse un memento de nosotros" (V 22,6).

El Nuevo Mundo

El testimonio de Maldonado, un misionero franciscano, le hará caer en la cuenta del sufrimiento de tantas criaturas, maltratadas por ambiciosos colonizadores, necesitadas de evangelizadores que les permitan descubrir su grandeza y dignidad como hijos de Dios. En carta a su hermano Lorenzo, en Quito, escribirá: "(...) Esos indios no me cuestan poco (...) que como ando en tantas partes y me hablan muchas personas no sé muchas veces qué decir sino que somos peores que bestias"³.

Teresa se aflige y será el mismo Dios quien le infunda ánimo con su palabra: "Espera un poco, hija, y verás grandes cosas". Y ella confiesa: "Quedaron tan fijadas en mi corazón estas palabras, que no las podía quitar de mí. Y aunque no podía atinar, por mucho que pensaba en ello, qué podría ser, ni veía camino para poderlo imaginar, quedé muy consolada y con gran certidumbre que serían verdaderas estas palabras" (F 1,8).

No podía saberlo aún, pero ella sería la causa de que muchos hombres y mujeres fueran evangelizados en los cinco continentes.

3 Cta. a Lorenzo de Cepeda, 17 de enero de 1570, 20.

4. Rasgos de la comunidad teresiana

Repasamos algunas de las características de la comunidad teresiana, tal como se puso en marcha en la primera fundación de San José de Ávila.

El grupo de hermanas se entiende a sí mismo como pequeño Colegio de Cristo. En torno al “Señor de la casa” gira la vida de la comunidad, convocada por Él.

Es un grupo pequeño (al principio, solo doce y la priora, luego se amplió, pero siempre conservando el carácter de grupo reducido) donde se busca que existan relaciones de familia, que todas se puedan conocer en profundidad, y donde todas interactúan: “Porque adonde hay pocas, hay más conformidad y quietud” (F 2,1).

Las casas serían sencillas, pobres, aunque con la suficiente amplitud para que se pudiera desarrollar bien la vida comunitaria. Teresa buscaba, si era posible, que la casa tuviera huerta, para la expansión comunitaria, y ermitas, donde pudieran retirarse, de vez en cuando, las hermanas. Se busca combinar las dos dimensiones humanas de soledad y encuentro con el otro: “El estilo que pretendemos llevar es no solo de ser monjas, sino ermitañas” (CV 13,6).

Con respecto al trato entre las hermanas, Teresa potencia al máximo el espíritu de hermandad (perceptible desde las primeras Constituciones)⁴. Todas deben colaborar en las tareas domésticas: “la tabla de barrer se comience desde la madre priora”. No habrá privilegios en cuanto a la comida, salvo lo que corresponda a la edad o a la necesidad (enfermedades) de las hermanas. Ninguna hermana será tratada de *doña*.

En cuanto a las relaciones interpersonales, Teresa fomenta el trato de amistad, el cultivo de cualidades humanas: “procurad ser afables”, “todas han de ser amigas”.

4 Cf. O. STEGGINK, *Arraigo e innovación*, BAC, Madrid 1976, pp. 152ss.

Aboga también por el trabajo manual, para ayudar al sostenimiento de la comunidad, aunque se insiste en que no sea un obstáculo para la paz interior y el sosiego necesario.

Teresa defiende la práctica de la oración mental también para la mujer, para sus monjas. Se enfrenta así a la doctrina en vigor en la Iglesia de ese momento, que desaconsejaba la llamada "democratización" de la oración mental, y para la cual la mujer solo podía practicar la oración vocal, porque "les podrán venir ilusiones" (CV 21,2).

Y para que no se cayera en "devociones a bobas", las Constituciones recalcan la importancia de la formación y piden a la priora que se preocupe de que "haya buenos libros" (Const. 8). A ellas y a las maestras de novicias les advertirá que han de "criar almas para que more el Señor".

También señalará: "Haga más caso de que no haya falta en las virtudes, que en el rigor de la penitencia" (Const. 40). Esa certeza le llevará a Teresa a ser una mujer flexible en todo lo que no es esencial, como lo vemos en tema del vestir, de acuerdo con el clima. Es algo muy moderno para la mentalidad de la época. A María de San José, que usaba túnica con el calor sevillano, le insiste: "El vestirse túnica al verano es cosa de disparate. Si me quiere hacer placer, en llegando esta se la quite, (...) que ya yo he probado el calor de ahí, y vale más estar para andar en la comunidad que tenerlas todas enfermas"⁵.

La comunidad se rige por el amor. En él se basa toda obediencia: "Procure ser amada para que sea obedecida" (Const. 34).

Se potencia una "santa libertad". La priora no es dueña, sino servidora, y ha de respetar el ritmo de cada una: "No ha de pensar la priora que conoce luego las almas. Deje esto para Dios, que es solo quien puede entenderlo; sino procure llevar a cada una por donde Su Majestad la lleva, presupuesto que no falta en la obediencia ni en las cosas de la Regla y Constitución más esenciales" (F 18,9).

5 Cta. a María de San José, 1 de febrero de 1580, 2.

La comunidad es contemplativa y misionera, con profundo sentido apostólico. Por ello, Teresa procuraba que sus hermanas “se aficionasen al bien de las almas y al aumento de su Iglesia” (F 1,6).

5. Admisión de las candidatas

A la Madre le interesa que sus monjas sean mujeres inteligentes y capaces, aunque no tengan mucho dinero para aportar al convento a su entrada. Lo dice abiertamente: “Del ajuar no me acuerdo. Si ella es la que dicen, poco va en que no sea tanto, que yo le digo que hemos bien menester monjas de talento”⁶.

Lo que importa no es la cantidad, sino la calidad, tanto en fundaciones como en monjas: “No está nuestra ganancia en ser muchos los monasterios, sino en ser santas las que estuvieren en ellos”⁷.

Teresa da un criterio de flexibilidad, admitiendo incluso a una “esclavilla”⁸, una joven de raza negra, aunque, finalmente no entró.

Un gran inconveniente lo presentan los problemas de salud mental. Huye de admitir monjas melancólicas. Si la candidata es muy joven e inmadura, como en el caso de una muchacha de Sevilla que quería entrar con solo trece años, es difícil asegurar una perseverancia, ya que, como afirma Teresa, “dan mil vueltas”⁹.

Es fundamental que la monja tenga lo que ahora llamamos el carisma, algo que Teresa denomina *ser “para nosotras”*¹⁰.

La santa percibe como imprescindible que haya en la persona una capacidad para la convivencia, sociabilidad, y si falta, aunque haya muchas cualidades, no la aceptará: “Ana de Cepeda (...) es extraña su condición, y no es para compañía. Llévela Dios por aquel camino,

6 Cta. a María Bautista, 21 de enero de 1577, 5.

7 Cta. a Ana de Jesús, 30 de mayo de 1582, 6.

8 Cta. a María de San José, 28 de junio de 1577, 7.

9 Cta. a María de San José, 28 de marzo de 1578, 5.

10 Cta. a doña Juana de Ahumada, 14 de noviembre de 1573, 4.

que nunca me he atrevido a meterla en una casa de estas, y no por falta de virtud, sino que veo es lo que la conviene aquello, y así ni con la señora doña María ni con nadie no estará, y está harto bien para su propósito. Parece cosa de ermitaña y aquella bondad que siempre tuvo y penitencia grande"¹¹.

A pesar de lo dicho, la Madre reconoce que no siempre se puede elegir a la monja ideal, y eso no ha de detener la admisión: "Si esas le contentan (digo las hijas de la vieja) no tienen más que hacer de darlas profesión, aunque tengan algún achaque, que no se halla mujer sin él"¹².

En ocasiones, la oposición familiar será una razón para no admitir a alguna candidata. Pero no siempre: "No es cosa tan fácil como les parece tomar el hábito de esa suerte que, aunque ahora con ese deseo se determinen, no las tengo por tan santas que no se fatigarán después de verse en desgracia de su padre"¹³.

A pesar de tener los criterios claros, Teresa reconoce que no siempre se acierta cuando se admite a alguien. Y que una decisión equivocada es luego un grave estorbo para la marcha de la casa, sobre todo porque las comunidades son pequeñas: "Crea que una monja descontenta yo la temo más que a muchos demonios"¹⁴.

6. Amada para ser obedecida: la priora

Teresa debe mucho a los excelentes confesores con los que se encontró, como por ejemplo, Juan de la Cruz. Pero también los había medio letrados e incompetentes que podían causar daños irreparables: "porque apretarlas en lo exterior y no tener quien en lo interior las ayude, es gran trabajo"¹⁵. Ella sabe que, en el fondo, hay algo en la mujer que escapa a la percepción de la mayoría de los varones: "¡No

11 Cta. a Lorenzo de Cepeda, 17 de enero de 1570, 15.

12 Cta. a Ana de San Alberto, 2 de julio de 1577, 9.

13 Cta. a unas aspirantes, hacia marzo de 1574, 2.

14 Cta. a Jerónimo Gracián, 14 de julio de 1581, 14.

15 Cta. a Jerónimo Gracián, 9 de enero de 1577, 2.

somos tan fáciles de conocer las mujeres!, que muchos años las confiesan, y después ellos mismos se espantan de lo poco que han entendido”¹⁶ –dirá burlonamente a Fray Ambrosio Mariano.

Quizá por esas dificultades, las Constituciones dejaron establecida una práctica que la santa alaba abiertamente en su epistolario: “Den todas las hermanas a la priora, cada mes una vez, cuenta de la manera que se han aprovechado en la oración [y] cómo las lleva Nuestro Señor: que Su Majestad la dará luz, [para] que si no van bien, las guíe” (Const. 41).

En lo referente a la labor de discernimiento, Teresa equipara aquí la priora con el propio confesor, mediante esa expresión: “Su Majestad la dará luz”. De hecho, varias denuncias de la Madre ante la Inquisición vinieron por ese motivo, acusándola de que oía confesiones de las monjas. Teresa pone a María de San José el ejemplo del papel que realiza la priora, Ana de Jesús, en Beas: “De Beas me escribe la priora que solos los pecados tratan con uno, y se confiesan todas, y en media hora; y me dice que así habían de hacer en todos cabos, y andan consoladísimas y con gran amor con la priora, como lo tratan con ella”¹⁷.

La Madre tenía una relación estrecha con las prioras, personas clave a la hora de llevar adelante el proyecto de la descalcez. Ellas cohesionan la comunidad, y transmiten esa vinculación con la Orden que Teresa quería. Eran tejedoras de redes. Y las Constituciones les piden que ejerzan de verdaderas madres: “El oficio de la madre priora es tener cuenta (...) que se provean las necesidades, así en lo espiritual, como en lo temporal, con el amor de madre. Procure ser amada para que sea obedecida” (Const. 34).

Mediante sus cartas, Teresa guiará a las prioras en esa difícil labor de acompañar a las hermanas en el camino espiritual, sobre todo, cuando han de abordar casos problemáticos como el de las monjas “melancólicas” (era la denominación que se solía dar a quienes padecían algún trastorno psicológico). Aconseja que estas hermanas se distraigan, que no estén demasiado solas, que no ayunen, sino por el

16 Cta. a Ambrosio Mariano, 21 de octubre de 1576, 7.

17 Cta. a María de San José, 1-2 de marzo de 1577, 9.



contrario, coman carne. En definitiva, pide a la priora que se haga cargo de las posibilidades de cada una, de lo que puede o no llegar a ser: "Esté advertida que *no las ha de llevar a todas por un rasero*. Y esa hermana a quien dio nuestro padre el hábito, llevarla como a enferma, y no se le dé nada que vaya con mucha perfección; basta que haga buenamente, como dicen, lo que pudiere y que no ofenda a Dios"¹⁸.

Insiste en que Dios es protagonista en la vida de cada hermana, y que hay que obrar con respeto sumo a esa acción: "Es menester que entiendan las que gobiernan que, dejado el encerramiento, lo demás ha de obrar Dios, y llevarlo con gran suavidad"¹⁹.

Teresa considera peligroso que se establezca una relación de dependencia con la priora, y así lo expresa rotundamente a Ana de Jesús en la famosa "carta terrible": "(...) porque va muy fuera del espíritu de descalzas ningún género de asimiento, aunque sea con superiora, ni medrarán en espíritu jamás. Libres quiere Dios a sus esposas, asidas a solo Él (...)"²⁰.

Le preocupaba también cómo las prioras podían iniciar a las novicias en la vida del monasterio. Encontramos, en las cartas, datos sobre sus criterios en este campo, como cuando les pide que no las llenen "de oficios" hasta ver las aptitudes que tiene cada una: "Siempre tenga aviso de no apretar a las novicias con muchos oficios hasta que las entienda hasta dónde llega su espíritu"²¹.

7. Una comunidad que ayude a crecer en el amor

Teresa ha experimentado la propia fragilidad y no se le oculta la necesidad que el ser humano tiene de amar y ser amado: "nosotros no somos ángeles, sino tenemos cuerpo; querernos hacer ángeles estando en la tierra (y tan en la tierra como yo estaba) es desatino" (V 22,10).

18 Cta. a Ana de San Alberto, 2 de julio de 1577, 2. Las cursivas son nuestras.

19 Cta. a María de San José, 17 de enero de 1577, 5.

20 Cta. a Ana de Jesús, 30 de mayo de 1582, 11.

21 Cta. a Tomasina Bautista, 27 de agosto de 1582, 11.

Invita a trascender cualquier amor superficial, que llamará “juego de niños”, etapa en que la persona se deja llevar solo por el gusto, para pasar a otra, en que la que obedece a la razón. En su propia persona pudo experimentar que se puede dar ese salto de un amor a otro, por obra de la gracia, cuando Dios toca y transforma el corazón: “El Señor lo irá perfeccionando”. Es un camino de crecimiento en libertad, que lleva a la persona a no ser esclava de lo meramente sensorial, a tenerlo todo “debajo de los pies”. Pero, con todo, afirma que es preferible una forma superficial de amor a no amar: “quiero más que se quieran y amen tiernamente y con regalo (...) que no que haya un punto de discordia. No lo permita el Señor” (CE 11,11).

Teresa, gran pedagoga en estas materias, llega a declarar como válidas ciertas expresiones sensibles de amor, propias de una etapa de inmadurez, siempre que se produzcan no para buscar un provecho o gusto propio, sino el bien del otro, que ha de estar permanentemente en el punto de mira del verdadero amator.

Buscando siempre un crecimiento en el amor, avisa seriamente sobre deformaciones del mismo: las amistades absorbentes que crean “bandillos” dentro de la comunidad, y la sensiblería infantil:

“¡Oh, qué bueno y verdadero amor será el de la hermana que puede aprovechar a todas, dejando su provecho por los de las otras! Ir muy adelante en todas las virtudes y guardar con gran perfección su Regla. Mejor amistad será esta que todas las ternuras que se pueden decir (que estas no se usan ni han de usar en esta casa), tal como ‘mi vida’, ‘mi alma’, ‘mi bien’, y otras cosas semejantes, que a las unas llaman uno y a las otras otro. Estas palabras regaladas déjenlas para con su Esposo, pues tanto han de estar con Él y tan a solas” (CV 7,8).

Teresa quiere a sus monjas libres y fuertes. En su tiempo, estas eran cualidades privativas del varón, pero Teresa, que se opone a esa exclusividad, las reclama para sus hermanas: “Si ellas hacen lo que es en sí, el Señor las hará tan varoniles, que espanten a los hombres” (CV 7,8).

Nacer varón o mujer no está en la propia mano, pero sí lo está vivir escogiendo aquellas cualidades que hacen del varón y la mujer personas maduras, libres y fuertes. Ese es el sentido que tiene la expresión “varonil” en su pluma: lleno de fortaleza, virtud, y ánimo.



8. Libres e iguales

Pilares de las comunidades teresianas son la pobreza y la igualdad entre todas las monjas, algo revolucionario respecto a los monasterios de su tiempo, donde la honra y el dinero generaban un abismo entre unas y otras, en el trato, en el vestir, en el comer y en la misma celda que se les asignaba.

Si la humildad es la verdad de uno mismo, la honra va asociada a lo falso y lo postizo ("grandísima mentira", la llamará Teresa). La "negra honra" etiquetaba a las personas según su linaje, su estatus, su riqueza o su etnia (recuérdese el origen judeoconverso de Teresa).

La honra destruye las relaciones fraternas: para que yo sea *más* que otros (tenga más honra), necesariamente los otros han de ser *menos* que yo.

Pero la honra es una polilla que se cuela también en la Iglesia, entre los teólogos y las monjas. Por eso, Teresa se muestra intransigente con las "mayorías", es decir, la superioridad de unas monjas sobre otras, en función del cargo, la antigüedad o el estamento social al que pertenecen. Considera la honra "pestilencia", enfermedad contagiosa que corrompe allí donde entra. En los monasterios teresianos se ofrece esta invitación: "la que fuere más, tome menos a su padre en la boca; todas han de ser iguales". Por esa razón, al entrar, las monjas dejaban el apellido familiar y tomaban nombre religioso, a fin de significar una renuncia a esos valores mundanos del linaje o la honra.

La relación de amistad con Dios cambia el corazón, lo asienta en la humildad que lleva a negar cualquier deseo de ser más. De lo contrario, si continúan aferradas a la honra –sentencia Teresa dirigiéndose a sus hermanas– "crean que han echado al Esposo de su casa".

Señal de que se ha entrado en la dinámica de la humildad y olvido de la honra es que se relativizan los agravios, se olvidan las rivalidades y se es capaz de perdonar cualquier ofensa.

9. Sentido apostólico de la vida contemplativa

La comunidad teresiana tiene un fuerte carácter evangelizador. La oración no permite desentenderse del prójimo: "Que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que tan apretado le traen" (CV 1,2).

Cristo y su Iglesia aparecen como preocupación de primer orden para Teresa, que siente hondamente su división: "Quieren tornar a sentenciar a Cristo (...), quieren poner su Iglesia por el suelo (...). No es, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia" (CV 1,5).

La vida de la carmelita tendrá mucho de lucha, de batalla silenciosa contra el egoísmo. No sola, sino en comunidad: "Estando encerradas peleamos por Él" (CV 3,5). El objetivo de su vida no es salvar su alma, sino ayudar a que este mundo se parezca cada vez más al proyecto de Jesús: "Esta casa es un cielo, si le puede haber en la tierra, para quien se contenta solo de contentar a Dios y no hace caso de contento suyo" (CV 13,7).

10. Ámbito de convivencia: la recreación

Teresa trasvasó a sus comunidades su mismo espíritu festivo. Su enfermera Ana de San Bartolomé decía de ella: "No era amiga de gentes tristes, ni lo era ella, ni quería que los que iban en su compañía lo fuesen. Decía: *Dios me libre de santos encapotados*"²².

La recreación comunitaria será ámbito de esparcimiento en el que las hermanas se pueden mostrar como realmente son. En ella, todas han de jugar un papel activo, pensando en las demás: "Juego en ninguna manera se permita, que el Señor dará gracia a unas para que

22 ANA DE SAN BARTOLOMÉ, *Obras completas*, MHCT 5, Roma 1981, p. 11.



den recreación a otras. Fundadas en eso, todo es tiempo bien gastado. Procuren no ser enojosas unas a otras, sino que las burlas y palabras sean con discreción" (Const. 27).

Teresa se opondrá frontalmente a los "negros devotos destruidores de las esposas de Cristo", aquellos prelados que, bajo capa de devoción, quieren imponer una serie de normas rígidas que chocan con el estilo abierto, alegre y libre que ha querido para sus monjas, por ejemplo, que no tengan recreación los días que comulguen: "Esto es lo que temo en mis monjas: que han de venir algunos prelados pesados que las abrumen y cargar mucho es no hacer nada. Extraña cosa es que no piensan en visitar si no hacen actos. Si no han de tener recreación los días que comulgan y dicen cada día misa, luego no tendrán recreación nunca. Y si los sacerdotes no guardan eso, ¿para qué lo han de guardar los otros pobres?"²³.

Cuando Teresa funda el Carmelo de Valladolid, lleva consigo a Juan de la Cruz, a quien ha conquistado para su reforma, y lo introduce en la convivencia con las monjas para que aprenda "el estilo de hermandad y recreación que tenemos juntas; que todo es con tanta moderación, que solo sirve para entender allí las faltas de las hermanas y tomar un poco de alivio" (F 13,5).

La expresión "entender las faltas" la ha aclarado muy bien el P. Tomás Álvarez. Aquí, la palabra "faltas" no significa fallos o culpas, sino carencias o necesidades de las hermanas²⁴. La recreación comunitaria al estilo teresiano está presidida no por la seriedad y corrección, sino por la distensión y el buen humor.

Para ella es también fundamental este tiempo para que quede claro que la vida espiritual no es un alejamiento de los demás, un encapotamiento, término que ella usa explícitamente para criticar ciertas posturas pseudoespirituales: "Cuando yo veo almas muy diligentes a entender la oración que tienen y muy encapotadas cuando están en ella, que parece no se osan bullir ni menear el pensamiento porque

23 Cta. a Jerónimo Gracián, 19 de noviembre de 1576, 1.

24 Cf. T. ÁLVAREZ, "El estilo de hermandad y recreación que tenemos juntas": *Monte Carmelo* 100 (1992) 149-158.

no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido, háceme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión y piensan que allí está todo el negocio" (5M 3,11).

Por el contrario, Teresa deja claro que la actitud de la carmelita ha de ser muy distinta: "Mientras más santas, más conversables con sus hermanas" (CV 41,7).

Conclusión

La vida comunitaria ha de ser el lugar que ayude a la transformación del ser, en una lucha constante contra el egoísmo: "Ya, hijas, habéis visto la gran empresa que pretendemos ganar; ¿qué tales habremos de ser para que en los ojos de Dios y del mundo no nos tengan por muy atrevidas?" (CV 4,1). Por eso recalca que no se trata de soñar con grandes hazañas, sino de llevar a cabo con amor los pequeños servicios que cada día se nos ofrecen:

"Algunas veces nos pone el demonio deseos grandes porque no echemos mano de lo que tenemos a mano para servir a nuestro Señor en cosas posibles, y quedemos contentos con haber deseado las imposibles. (...) ¿Pensáis que es poca ganancia que sea vuestra humildad tan grande, y mortificación, y el servir a todas, y una gran caridad con ellas, y un amor del Señor, que ese fuego las encienda a todas, y con las demás virtudes siempre las andéis despertando? (...). El Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen" (7M 4,14-15).

La piedra de toque de nuestra relación con Dios serán las relaciones establecidas en el seno de la comunidad: "Es menester no poner nuestro fundamento solo en rezar y contemplar; porque, si no procuráis virtudes y hay ejercicio de ellas siempre, os quedaréis enanas" (7M 4,9).

Un grupo así será un signo evidente de cómo Dios es capaz de cambiar el corazón, será —en palabras de Teresa— *una estrella que dará de sí gran resplandor* (cf. V 32,11).

